

—Señor juez, deséese hacer observar a vuestra señoría que los honorables individuos que le acompañan no son indispensables, desde el momento en que el lobo culpable va a ser conducido fuera de Inglaterra y en que Maese Ursus no se resiste a vuestras órdenes, que van a ser puntualmente obedecidas. Dignos tener presente que las acciones respetables de la policía, que tan necesarias son para la tranquilidad del reino, perjudican a los establecimientos públicos y que mi posada es inocente: libre está de los saltimbanquis de la Green-Box, no queda ya en ella ningún criminal, porque no supongo que sean delicuentes la joven ciega ni las dos gitanas: por lo que os suplico que os dignéis abreviar vuestra augusta visita y despedir a esos dignos señores que acaban de en-

trar grandes y rojas: «Alcoranus Mohumendis»

Gwynplaine no se apercebía de ninguno de estos

Maese Nicless, satisfecho del desenlace rápido que cortaba todas las complicaciones, estaba muy contento, sobre todo de que no prendiesen a Ursus en su casa; pues dos arrestos tan inmediatos en su posada, primero el de Gwynplaine y después el de Ursus, podían perjudicar a la taberna, porque los bebedores no quieren que les moleste la policía. Maese Nicless se dirigió, pues, al justicier-quorum con la fisonomía sonriente, en la que el respeto atemperaba la confianza, y dijo:

Por otra parte, el modo de acostarse a dormir semidesnudos provenía de Italia y se remontaba hasta los romanos. «Sub clara nudá lucerna,» dice Horacio. Una bata de seda singular, de China quizás, entre cuyos pliegues se entreveía un lagarto de oro, estaba tendida sobre los pies de la cama. Más allá de ésta, en el fondo de la alcoba, debía haber una puerta secreta cuyas junturas marcaba un gran espejo sobre el que resaltaban pavos reales y cisnes pintados: en dicho obscuro departamento todo relucía.

Maese Nicless, satisfecho del desenlace rápido que cortaba todas las complicaciones, estaba muy contento, sobre todo de que no prendiesen a Ursus en su casa; pues dos arrestos tan inmediatos en su posada, primero el de Gwynplaine y después el de Ursus, podían perjudicar a la taberna, porque los bebedores no quieren que les moleste la policía. Maese Nicless se dirigió, pues, al justicier-quorum con la fisonomía sonriente, en la que el respeto atemperaba la confianza, y dijo:

El techo no ostentaba columnas ni dosel, ni nada encima, de modo que cuando la mujer acostada abría los ojos, podía verse reproducida mil veces en los espejos que brillaban sobre su cabeza.

ellos se cometían los crímenes. Estos sitios eran a propósito para matar al duque de Guisa y para extrañar a la hermosa presidenta de Sylveane, y más tarde para ahogar los gritos de los jovencillos que robaba Lebel. Sitios complicados y laberínticos para los que entraban en ellos por primera vez: lugares seguros para conservar los raptos; fondo obscuro, donde se hundían las desapariciones. En esas elegantes cavernas los príncipes y los señores depositaban su botín: el conde de Charolais ocultaba en ellos a madame Courchamp; M. de Nonhulé escondía en ellas a la hija del arrendador de la Croix, Saint-Lentroy; el príncipe de Conni ocultaba en ellas a las dos hermosas panaderas de la Ile-Adam; el duque de Buckingham a la pobre Pennywell, etc., etc. Los hechos que se verificaban allí eran los que la ley romana clasificaba de «vi, clamet precario»; esto es, que se realizaban por fuerza, en secreto y durante poco tiempo. El que entraba allí residía en esos sitios el tiempo que quería el capricho de su dueño. Esos sitios participaban del claustro y del serrallo; escaleras interiores giraban subiendo y bajando. Espiral de cámaras, encizajándose, os llevaba al sitio de la entrada. La galería terminaba en un oratorio: el confesionario se ingería en una alcoba. Las ramificaciones del corral y los agujeros de las esponjas sirvieron probablemente de modelos a los arquitectos de «los pequeños aposentos» reales y señoriales, y eran laberínticos. Retratos que

gabinetes una temperatura de estilo; parecía que un mago hubiese cogido el mes de junio y lo hubiera encerrado dentro de ese laberinto. A veces se permitía el ambiente y le atravesaban bocanadas de aroma, como si hubiera allí flores invisibles. Hacía calor y estaba todo entapizado de tal manera, que por allí se pudiera pasar desnudos.

SEMELJANZA DE UN PALACIO CON UN BOSQUE

Gwynplaine miraba por las ventanas y cambiaba de aspecto lo que veía. Ya distinguía jardines im-
pregnados de la frescura de la primavera y de la mañana, ya otras fachadas con otras estufas, ya patios a la española, ya un río, que era el Támesis, ya una gruesa torre, que era Windsor.

Corleone-lodge era un palacio a la italiana, según ya dijimos, y en los palacios de esta clase había pocas puertas y muchos cortinajes, portiers y mucha tapicería. En esta época todos ellos contenían un horniguero de cámaras y de corredores, en los que abundaba el fausto, llenos de dorados de mármoles, de cinceladuras y de sedas de Oriente, formando rincones muy oscuros y rínicos con gran claridad. Había gabinetes ricos y alegres, de reluciente barniz, con leza de Holanda o con azulitos de Portugal, con lagas y altas ventanas algunas de ellas todas acristaladas, y que eran hermosas linternas habitables. Los guardarropas tenían la forma caprichosa de cajas de bom-

Era tan temprano que por fuera no se oían transeuntes, aunque Gwynplaine se paraba y se ponía a escuchar.

—¿Pues he de salir de aquí, he de ir a reunirme con Deal? Aquí no me detendrán a la fuerza. ¡Desgraciado el que me impida salir! ¡Deal! ¡Deal!

De repente oyó un ligero ruido, parecido al del agua que mana. Se encontraba en una galería estrecha oscura y cerrada a algunos pasos delante de él, por una cortina partida por el medio. Separó la cortina y entró, penetrando en lo desconocido.

La luz y la virtud son de la misma especie. Que Dios se llame Cristo o que se llame Amor, hay momentos en que el hombre mejor le olvida, y

Rayaba además el día, y el alba es una voz. ¿De qué serviría el sol si no aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida?

La caída de dicha agua era el murmullo que Gwynplaine oía.

—¿Y Deal?...

Gwynplaine se encontró en una sala octógona, abovedada, en forma de asa de cesta, sin ventanas, alumbrada por el techo, cuyas paredes, piso y bóveda estaban revestidos de mármol amarillento; en medio de dicha sala había un baldaquí con el pináculo de mármol negro, cuyo baldaquí estaba sostenido por columnas torcidas del estilo pesado de Elisabet, y cubría una pila de baño de mármol, también negro; un surtidor de agua olorosa y tibia llenaba lentamente la pila, pila negra, dispuesta de ese color para hacer brillar en ella la blancura.

—¿Dónde estás? y yo ¿dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, empezó a dar vueltas como fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Windsor. ¿Y tú? En Southwark. ¡Dios mío, esta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allí... esto no puede ser y no será.

Paréciale a Gwynplaine que miraba despuntar el día en Corleone-lodge (mientras sucedían las aventuras que acabamos de narrar en la posada Tadeastea), que ese grito venía del exterior; pero ese grito salía de dentro de él. ¿Quién no no ha oído los profundos clamores del alma?

—¡Deal! ¡Deal!—se repetía apoyándose en su corazón, y preguntándose en voz alta:

—¿Dónde estás?

Asombrado de que no le contestase, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razón iba a aparecer, repitió:

EL HOMBRE QUE RIE

EL HOMBRE QUE RIE

EL HOMBRE QUE RIE

todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos lo recuerde, y la aurora nos hace esta advertencia sublime. La conciencia nos grita cuando aparece el deber, como el gallo canta cuando aparece el día. El corazón humano es un caos que oye el «Fiat lux».

Gwynplaine—continuaremos llamándole así, por que Clanchartie es un lord y Gwynplaine un hombre—Gwynplaine resucitó, por decirlo así.

—¿Y Deal?—se preguntó.

Sintió en las venas como una transusión generosa. Algo saludable y tumultoso se precipitaba en él. La irrupción violenta de los buenos pensamientos, es la vuelta a su casa de alguno que no tiene la llave y fuerza honradamente su propio domicilio; tiene que escalarlo.

—¡Deal! ¡Deal!—se repetía apoyándose en su corazón, y preguntándose en voz alta:

—¿Dónde estás?

Asombrado de que no le contestase, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razón iba a aparecer, repitió:

—¿Dónde estás? y yo ¿dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, empezó a dar vueltas como fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Windsor. ¿Y tú? En Southwark. ¡Dios mío, esta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allí... esto no puede ser y no será.